



DEMISIONES

XXV Aniversario de la Misión Anhwei

Hace veinticinco años partieron de España los primeros misioneros jesuitas de la Misión de Anhwei, dividida ahora en tres Vicariatos. Las primeras expediciones de misioneros coincidieron con la fundación de la Revista Misional "El Siglo de las Misiones", por el R. P. Hilarión Gil.

La misión de Anhwei, el Siglo de las Misiones, el Colegio Máximo de los PP. Jesuitas en Oña y el Seminario Pontificio de Comillas fueron la base del resurgir misionero en la Península, y en muchas naciones hispanoamericanas.

Tenemos en aquella querida provincia de la atormentada China muchos seres queridos consagrados a un duro y paciente apostolado. En estos momentos de guerra y tribulación el pensamiento de los redactores de "SIC" corre junto a ellos. Como un recuerdo cariñoso de los hermanos ausentes, publicamos hoy una narración recogida de nuestra continua correspondencia con la querida misión de Wuhu. Parabienes y felicitaciones desde las alturas del Avilá a los heroicos misioneros de las riberas del Río Azul.

M. A. E.

LOS NIÑOS SE ACERCAN A JESUS

El P. Leitembauer S. J., misionero austriaco, se ha encontrado con una de esas familias que dan señales de predilección por parte de Dios N. S. Entre los sesenta nuevos cristianos que dicho P. ofreció a la Sma. Virgen en la fiesta de su gloriosa Asunción, regenerados con las aguas del bautismo, se encontraba la familia Hang; la madre con sus dos hijas. El padre vive desgraciadamente ausente, y actualmente incomunicado con la familia, en la Mongolia exterior.

Teresita Hang, así se llama ahora nuestra heroína, la más pequeña de la familia Hang, que con su madre y su hermana recibió el bautismo el día 15 de agosto, tiene ahora solamente tres años y medio. El mismo día del bautismo el P. Leitembauer estuvo a punto de darle la primera comunión, cuando, agazapada junto a su mamá, tendía ardientemente su boquita; pero se lo impidió un gesto brusco de la madre.

Mas no fué por falta de preparación. — "Teresita, sabes lo que el Padre te iba a dar cuando tan indiscretamente adelantabas la cabeza?", le preguntó éste después de Misa. — Oh, sí; Jesús. — "Quién es Jesús?" — Dios y hombre. — Cuántos Dioses hay? — Uno solo. — Dios padre, no es también Dios? — Sí, la primera persona. — Y, Jesús? — La segunda. — Y cuál es la tercera? — El Espiritu Santo.

Palabra por palabra va respondiendo a todo la chiquilla sin turbarse lo más mínimo. La admiración del Padre que la había bautizado junto con su madre sin ningún examen, puesto que no tenía aún uso de razón, subía de punto. "Dí, pues, Teresita: Sabes algunas oraciones?" — "Oh, sí, interrumpió la mamá; sabe más que yo. Cuando me equivoco yo rezando las oraciones ella me corrige enseguida. En casa a menudo se va al cuarto ante la pequeña imagen de Jesús que Ud. me ha dado y allí recita las oraciones que ha aprendido: Por la señal... Padre nuestro... Santa María... Credo... Señor mío y Dios mío." — Teresa, si eres chica buena podrás comulgar la próxima vez. Quieres? — "Sí, Padre, estoy deseando. Pero por qué no se lo ha permitido Ud. hoy?" — preguntó el Padre a la mamá; Teresita estaba muy bien preparada. — Yo no sabía si el Padre se lo permitiría. Además, antes de misa le había ya dado el pecho." Cosa rara. En China los niños, si no tienen quien venga detrás, maman hasta los cinco o seis años. Es otra dificultad para Teresa. "Eso no puede ser, Teresita, la increpa la catequista. Si quieres recibir a Jesús no tienes que comer nada a la mañana y ya no tienes que pedir más el pecho." — Cuando reciba a Jesús, ya no lo haré más, contestó sin titubear; cumple bien su propósito.

Unos días más tarde el P. Leitembauer estaba de

MISIONES

vuelta de una gira apostólica por varias aldeas. La pequeña esposa de Cristo, con su más hermoso vestido adornado de flores de los más vivos colores, profundamente recogida, se presenta a la sagrada mesa donde la espera su Jesús con los brazos abiertos. El mismo respeto, la misma seriedad y naturalidad de una persona mayor acostumbrada a recibir la sagrada comunión frecuentemente.

Al día siguiente la catequista va a decir al misionero que Teresita pretende haber visto a N. S. antes de la Comunión. La hace llamar: "Teresita, qué has visto en la comunión?" — A Jesús. — "Cómo era de grande?" Teresita marcó una altura como de unos 40 cm. — "Dónde le has visto?" — Sobre el pecho del Padre, antes de dar la Sagrada Comunión, Jesús llevaba un vestido de color amarillo naranja; pero no tenía zapatillas. La Virgen María le conducía de la mano. — "Te ha dicho también algo?" — Sí, me ha dicho: mi buena niña, ahora voy en seguida a tu corazón.

Sin duda que puede uno mostrarse excéptico por tratarse de dichos de niña, sobre la autenticidad de la tal visión; pero aun en el caso de que fuera una alucinación o autosugestión, este hecho manifiesta claramente las disposiciones de alma de esta niña de tres años y medio, teniendo en cuenta que es la única de la familia que con su madre y su hermana acababa de recibir el bautismo hacía unos días. Y, además, si se observa un poco de cerca a Teresita, ésta manifiesta una devoción de una madurez singular. Todos los cristianos se admiran de ella. Jamás se ha visto una niña de esta edad, tan seria, tan recogida y tranquila en la iglesia. Toda la misa se pasa sin volver la cabeza para nada mirando al altar y recitando las oraciones con todos los cristianos. Teresita, además, no viene solamente cuando tocan las campanas. Durante el día no es raro encontrarla en la iglesia con su hermana. Posee a juicio del P. Misionero, ese don que Dios da a los que El toca especialmente con su gracia para conducirlos muy alto: el don de una gran familiaridad para con El.

Un día vino a la casa del Padre con su hermana acompañando a una cristiana. Mientras esta última exponía con vivos gestos su demanda, el P. no hizo sino fijarse en Teresita. Durante diez minutos, por lo menos, tuvo su mirada fija en el Crucifijo que pendía de la pared. Me parecía ver, dice aún el P. Leitembauer, en sus ojos el coloquio que tenía con Jesucristo a quien ella apenas acababa de conocer y a quien ya amaba con todo su corazón de niña.

El siguiente rasgo nos puede dar a entender cuánto ama Teresita a Jesús. Un día la catequista encontró a Teresita llorando, sin duda un disgustillo de niña. — "Ya no debes llorar así, Teresa. A Jesús no le gusta eso". — Ta ku, (así llaman a la catequista) ya no lloraré más. Ahora voy a cantar. Y con su voz infantil Teresita em-

pieza: "O salutaris Jesu". Dos o tres veces había oído acaso este canto en la iglesia, sin retener bien, por supuesto las palabras latinas. Pero que en vez de Hostia le venga a la cabeza un Jesús, manifiesta de nuevo que los sentimientos y pensamientos de esta niña recién bautizada, giran en torno a Jesús, "nuestro Señor Jesús"; como dicen con respeto y confianza los cristianos chinos.

DE UNA CARTA DEL P. RODRIGUEZ JOSE M.

Ahora, vaya por las historias.

He hecho un milagro; he resucitado una difunta, no sé si, por los méritos del P. Larrea el día que éste le administró la extremaunción; o por los méritos de algún santo desconocido de entre Uds.

El día que volví de Hanting, de recoger los residuos que dejaron el P. Acha y compañía, se le presentaron dos cristianos de Nanling al P. Larrea, llamándole para que fuera a administrar la Extrema-Unción a una anciana.

El P. Larrea, a pesar del día lluvioso y del camino lleno de barro, se puso en movimiento, y anduvo 70 lis con un temporal malo, (ganando méritos). La anciana recibió los SS. Sacramentos con mucha devoción. A los 3 días se me presenta al anochecer en Nanling el hijo mayor de la anciana, y me ruega vaya al día siguiente a su casa, para enterrar a su madre, que había muerto hacia el mediodía. Entierro de primera con monaguillos, incienso, ciriales, etc., etc.

Preparé todo y me puse con todo el ajuar de funerales en camino. Un poco antes de llegar a la casa un hombre me dice que tal vez no ha muerto, que al amortajarla, se notó en ella algo de respiración.

Llego a la casa; muchísima gente. Pregunto por la anciana, y me llevan a un cuarto abarrotado de gente curiosa; encima de la cama la anciana amortajada; a su lado el koan tsai. (1). Me cuentan otra vez lo de la respiración. Entonces yo sin tomar té ni nada, les dije que había que rezar, mandé le colgaran del cuello un crucifijo y una medalla, le di la absolución sub conditio- ne y recé la recomendación del alma, mientras los cristianos rezaban el santo Rosario. Como terminé antes que ellos, empecé a contemplar a la anciana, fervorosa cristiana antes, y a pedir en particular por su alma. Parecía realmente difunta; y una hija de ella la lamentaba según costumbre.

No sé si ilusión, me parecía que había un poco más la boca, y luego noté un movimiento en la mano sobre la que andaba una mosca. Acabado el rezo les dije a todos que se fueran a otra parte, que no lloraran, que no debía estar muerta. E inclinándome sobre ella, la digo:

(1) Koan tsai: ataúd.

MISIONES

"Chen fou lai liao". (2). Mueve ella un poco la cabeza, y dice: "Chen fou, sieh, sieh chen fou". (3). Estupor en los paganos; ha hablado la que creían muerta.

Entonces cojo el crucifijo, y le sugiero repita mis palabras: "Jesús, te amo, perdóname; Virgen María, protégeme". Todo lo repite, y cada vez con voz más fuerte. —Te arrepientes de tus pecados?. — Me arrepiento. — Mira, te voy a absolver otra vez.—Pides perdón a Dios? —Me arrepiento. La absuelvo.

Acabada de absolver, muy difícilmente levanta sus manos, las junta y dice: "Gracias, Padre, gracias". Y luego: "Quiero beber agua fresca". Entonces su marido se la da mezclando agua bendita, todo emocionado. La bebe, pide otra vez agua, meto un poco de quinina y me da otra vez las gracias.

Entonces el viejo cristiano se pone a predicar al montón de curiosos, diciéndoles lo que es el P. y como Dios le concede a su mujer esa gracia de resucitar. Entonces los paganos dicen que quieren hacerse cristianos.

El viejo sigue predicándoles. Al atardecer estaba mucho mejor la enferma. La di más quinina. Pasó tranquila la noche. Por la mañana empezó a abrir los ojos que no había abierto hasta entonces. La preparé para la comunión, y por fin tuve que decir misa del Santo del día con casulla negra. Después de la Comunión, la enferma dió gracias en voz alta, causando estupor en cuantos paganos venían a curiosear. Después de misa vino mucha gente a ver, y a todos les decía el viejo cristiano: "Es gracia de Dios. Está mejor".

Uno de los principales comerciantes de la ciudad prometió hacerse cristiano, diciendo que antes ya lo había pensado, pero que ahora al ver esa gracia de Dios se decidía por completo. Se retiró el koan tsai, se quitó la mortaja, la enferma comió un poco, y yo volví a casa muy contento con todo mi ajuar de funerales.

Y ahora el cuento de los pusas. Contado después de lo anterior, se ve lo que hace Dios, y lo que engaña el diablo.

Hace dos días que pasaron 3 aviones de bombardeo muy bajos sobre la ciudad. Me asusté un poco, y acompañado de 2 niños cristianos me fui al campo a 2 lis de la casa, junto a una pagodilla en la que había 2 ídolos. La pagodilla muy bonita, una casita cuadrada, cerrada por todas partes, con un ventanillo pequeño, por donde se podía ver allá en el fondo a los pusas o ídolos del lugar.

Mientras estábamos allí, a un niño se le ocurre: "Voy hacer que el ídolo haga una profunda reverencia". Metiendo un palo largo por el ventanillo, enganchó al ídolo, y lo echó de bruces sobre el suelo de la pagodilla.

(2) Chen fou lai liao - Ha llegado el P.! (Equivale a "Bienvenido el P.!).

(3) Chen fou sieh sieh cheng Fou - Gracias, P.

Viendo yo lo que podía suceder, le mandé al niño levantara el ídolo, pero en vez de levantarlo cuando casi estaba ya para quedar derecho, dió media vuelta hacia la izquierda el ídolo, y se fué rodando hacia un rincón del interior de la pagodilla, perdiéndose de vista en las oscuridades de su casita. Nosotros sin decir nada, nos volvimos a casa.

Al día siguiente, por considerar ese sitio de a 2 lis muy bueno para guarecerse uno de las bombas, allá fuimos también los mismos del día anterior, pero junto a la pagoda. Qué tropel de gente! Niños, muchas mujeres, varios señores. Todos preocupados: Qué ha sido del ídolo? decían. Me quedé entre ellos para ver lo que hacían. En esto vino un albañil, puso una escalera, y se dispuso a abrir el tejado de la pagodilla.

'Anda con cuidado, decía uno.' Mira bien si aun está dentro, añadía otro. El albañil con mucho miedo quitó varias tejas, miró hacia abajo y: Aquí está, exclamó. Dónde? — En el suelo. — Mira, levántala del suelo, y ponla como antes. El albañil abrió algo más el tejado, y colocó al ídolo en su puesto anterior. Mientras tanto comentarios: Qué habría sido? Qué habrá pasado? Es de notar que un ídolo es varón y el otro mujer; y el caído era la mujer.

El albañil, dándose importancia desde lo alto de su escalera dió doctrina y dijo:— El caído es la mujer; sin duda alguna ayer iría a jugar dinero, perdería, y su marido (el otro ídolo) la pegó y la tiró al suelo.— Tal vez, dijo otro, tuvo miedo de los aeroplanos y se metió más adentro. "Ciertamente, añadió el niño cristiano que hizo la fechoria, habrá tenido miedo de los aeroplanos".—Estos pusas han hecho siempre muchos milagros,—interpuso una vieja desdentada.—Yo creo, dijo uno de los señores,—que ha sido lo que dice el albañil, que liangkó pou hou mou, que no ha habido paz entre ellos, que jugaría la mujer y la pegó el marido; pues, qué? no pasa lo mismo entre nosotros? Qué matrimonio vive siempre en paz."

"Han hecho un milagro, decía la vieja. Si ciertamente han reñido, hay que pacificarlos, dijeron algunos. Arregló el albañil el desperfecto, se quemó incienso para apaciguarlos, se recogió dinero para el albañil y luego todos a mirar por el ventanillo, y a retirarse a casa repitiendo: Estos ídolos hacen milagros.

A ver cuándo hacen el siguiente, porque el niño Xtiano. está dispuesto a ir a ocultar, y romper la cabeza al varón. Entonces dirán que se vengó la mujer, o qué sé yo? Ciertamente, allí hubo más de 60 personas paganas que creyeron lo que decía el albañil, y están dispuestas con su entendimiento oscurecido por las tinieblas del error a creer otras tantas patrañas del diablo. Pobres paganos!

De V. R. afecmo, en Cto.,

José M. Rodríguez S. J.

Misionero de Nanling. 27 - IX - 38